



Las doce fases del desarrollo personal Hacia una pedagogía de la admiración

Alfonso López Quintás

Escuela de Pensamiento y Creatividad. Asociación para el progreso de las Ciencias Humanas

En enero de 2003, cierto telediario de gran audiencia destacó que nos hallamos en el primer aniversario de la muerte, por sobredosis, de la cantante Janis Joplin. Se la elogió como la “reina blanca del blues”, y, tras recordar que su vida estuvo entregada a toda clase de drogas, se concluyó que había sido “una mujer totalmente libre”. ¿Están preparados los jóvenes actuales para descubrir la forma de manipulación que late en este mensaje televisivo? En caso negativo, no están debidamente formados para vivir en un momento de la historia tan fecundo y tan arriesgado, a la par, como el presente.

En la película de Ingmar Bergman *El silencio*, una joven le dice a su hermana con aire exultante que tiene relaciones íntimas con un extranjero y, por no saber su lengua ni él la suya, no pueden hablarse. Un joven que oye esto ¿se da cuenta de la actitud ante la vida que ha adoptado esa joven y de los riesgos que implica para ella? ¿Podría sentirse contenta si supiera lo que significa alegrarse por no poder hablar con quien se tiene intimidad corpórea? Si no sé contestar a estas preguntas, voy por la vida con los ojos vendados y no puedo guiar mis pasos con una mínima seguridad.

Esta especie de ceguera espiritual constituye una forma de “analfabetismo de segundo grado”, que todos podemos padecer en alguna medida¹. No saber unir las letras y adivinar lo que dice un escrito es un modo primario de analfabetismo, y debe ser erradicado porque nos deja desvalidos ante la vida. Si sabemos leer y nos hacemos cargo de lo que se nos comunica, tenemos capacidad de informarnos debidamente y saber a qué atenemos en la vida diaria. Pero, supongamos que no somos capaces de penetrar en el sentido de lo que leemos u oímos. Recibimos datos del exterior, pero no logramos descubrir lo que significan para nuestra vida. Captamos su significado superficial, pero no su sentido profundo. Nos enteramos, por ejemplo, de que una joven está eufórica por no poder hablar con su amante. ¿Podemos vislumbrar lo que implica, en el fondo, tal sentimiento? En caso negativo, bien haremos en tomar medidas para superar esa forma de analfabetismo, que nos deja desconcertados en nuestra vida personal y nos impide regir nuestra conducta con cierta seguridad de éxito.

En los últimos tiempos, las clases dirigentes han mostrado cierto interés en orientar la actividad escolar de tal forma que los alumnos aprendan a pensar bien, razonar con coherencia, decidir de modo equilibrado y realista... Este loable propósito no ha tenido siempre el éxito deseado a causa de un puñado de malentendidos. Se pensó, a menudo, que la formación ética consiste en “aprender” valores, y se exhortó a los educadores a consagrar tiempo y esfuerzo a tal forma de enseñanza. Pero la experiencia nos advierte a diario que los valores no se “aprenden”; se “descubren”. Por tanto, no debemos los mayores “enseñarlos”, sino “ayudar a descubrirlos”.

¹ En qué consiste esta forma de analfabetismo y cuál es la vía óptima para combatirlo lo expongo en la obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 2003, págs. 10-23.

Los valores no sólo existen; se hacen valer, proyectan a su alrededor un aura de prestigio. La tarea del educador ha de consistir en acercar a niños y jóvenes a esa área de irradiación de los valores, sugerirles que hagan las experiencias necesarias para descubrir por sí mismos su belleza y su inmensa fecundidad. Hacerse cargo de esa fecundidad y esa belleza es el cometido de una *Pedagogía de la admiración*.

En una entrevista televisiva, un joven de 18 años manifestó lo siguiente: “Hasta hace poco yo era totalmente feliz. Adoraba a mi madre, admiraba a mi novia, sentía ilusión por mi carrera. Pero me entregué al juego de azar y me convertí en un enfermo del juego, un ludópata. Ahora, ni mi madre ni mi novia ni mi carrera me interesan nada. Sólo me interesa una cosa; seguir jugando. Estoy atado al juego. Y lo que más me duele es que empecé a jugar libremente, y ahora me veo hecho un esclavo” ¿Le explicó alguien, a tiempo, a este desventurado lo que es el proceso de *vértigo* o *fascinación* y el de *éxtasis* o *creatividad*? Probablemente no. Ni siquiera la psicóloga que dirigió la entrevista aprovechó la circunstancia para darle una mínima clave de orientación. Pudo haberle indicado, simplemente, que su desgracia comenzó al confundir la *libertad de maniobra* con la *libertad creativa*. ¿Algún formador le indicó, a lo largo de sus años de estudio, que existen ambas formas de libertad y que confundirlas anula nuestro desarrollo personal y nos lleva al infortunio? Ese maestro hubiera sido un líder auténtico, un guía que ayuda a conocer las leyes del crecimiento personal y dispone el ánimo para admirarse de la grandeza que adquirimos al movernos en la vida con libertad creativa, libertad para realizar algo valioso, aun a costa, de renunciar a valores inferiores. El joven mostró, al hablar, una tristeza infinita. Me hubiera gustado decirle que le quedaba mucha vida por delante para disfrutar del descubrimiento de la verdadera libertad.

Es muy posible que nadie haya ayudado tampoco a la jovencita de la película *El silencio* a admirar la riqueza del lenguaje auténtico, el que se inspira en la voluntad de crear vínculos personales. No se benefició de una *Pedagogía de la admiración*. De haber tenido esa suerte, no sentiría ahora alegría sino profunda tristeza al recluirse en un *silencio de mudez*, a fin de no crear vínculos con su compañero ocasional.

En el clima actual de desconcierto resulta muy penosa la falta de guías auténticos. La sociedad no suele favorecer la formación de tales líderes pues tiende a cultivar el *reduccionismo* -la reducción injusta del valor de la vida humana-, la manipulación -el trato de las personas como si fueran meros objetos-, el *intrusismo* -la osadía de hablar en público de temas trascendentes sin la debida preparación- y el *hedonismo* el afán desmedido de acumular sensaciones placenteras-.

Frente a este empobrecimiento de la vida humana, necesitamos poner en juego una pedagogía de la admiración o del asombro, no de la coacción; del descubrimiento, no del mero aprendizaje; de la persuasión, no de la transmisión fría. El que aprende lo que es la vida descubriéndola paso a paso, de forma bien articulada, no sólo acaba sabiendo qué ha de hacer para desarrollarse plenamente como persona sino que está bien dispuesto para transmitir ese conocimiento a otras personas de forma persuasiva y ,convinciente. A veces se dice que no se educa a los jóvenes para ejercer la función de padres. La Pedagogía del asombro sería un buen camino para ello.

Este método de formación tiene, como sabemos, un noble abolengo. En su famosa *Carta séptima* Platón se niega a hacer el resumen de su filosofía que le pedía Dionisio, tirano de Siracusa, porque, a su entender, el conocimiento filosófico no se obtiene acumulando saberes recibidos de fuera, por significativos que sean, sino adentrándose en el análisis profundo de la vida. Te sumerges durante un tiempo en una cuestión, y, después de bracear largamente con

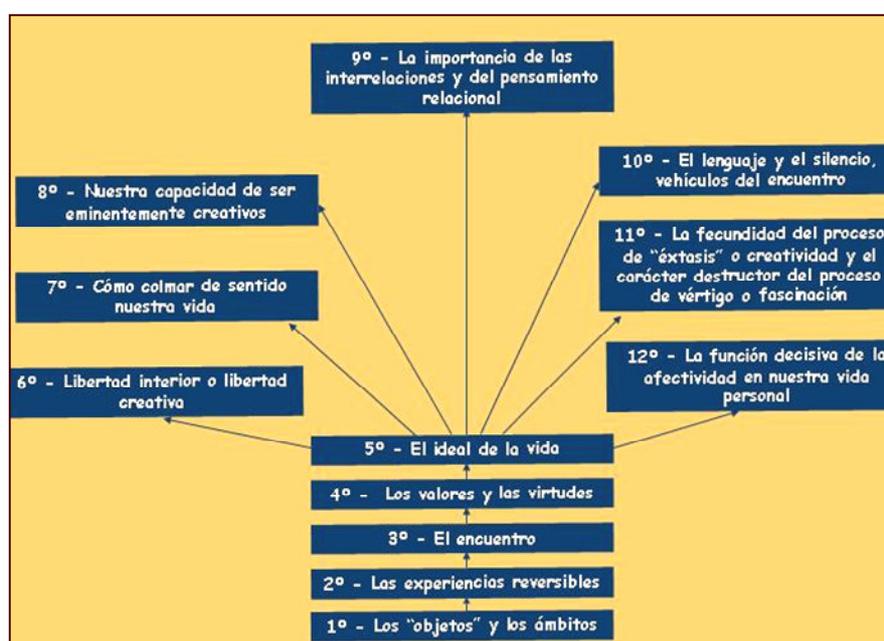
las ideas, surge, como por un relámpago, una luz que ilumina tu mente. Esa luz es la filosofía².

En esta línea, el gran filósofo alemán J. A. Fichte indica al lector de una de sus obras que procure descubrir por sí mismo lo que él le dé a conocer. De lo contrario, se quedará fuera del mensaje recibido: “Todo lo que se puede hacer ahora por ti -escribe- es guiarte para que encuentres la verdad, y a esa dirección se reduce lo que una enseñanza filosófica puede aportar. Pero siempre se presupone que eso hacia lo que el otro te conduce lo poseas de veras interiormente tú mismo, y lo mires y contemples. De no hacerlo, oírías narrar una experiencia ajena, de ningún modo la tuya (...)”³.

Si no vibramos personalmente con las realidades que vamos descubriendo -por iniciativa propia o por sugerencia ajena-, no nos haremos cargo de la grandeza que albergan, no sentiremos la íntima emoción que produce lo valioso y no convertiremos el saber en un principio de excelencia personal. En verdad, como bien advirtió Aristóteles, la admiración es el principio de la sabiduría.

Pero ¿cómo llevar a cabo la Pedagogía de la admiración? A mi entender, la vía más eficaz es realizar una serie de descubrimientos encabalgados.

I | LOS DOCE DESCUBRIMIENTOS BÁSICOS



El principal descubrimiento que hemos de realizar es, sin duda alguna, el del encuentro pues, según la Biología actual más cualificada, los seres humanos somos "seres de encuentro", vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales viviendo toda serie de encuentros. Para lograr un encuentro verdadero, debemos ver las realidades que nos rodean como *realidades abiertas*, no como *realidades cerradas*.

² Cf. *Cartas*, VII, 314 c., 341 c, c.

³ Cf. *Sonnenklarer Bericht an das grössere Publikum über das eigentliche Wesen der neuesten Philosophie*, en *Fichtes Werke*, Walter de Gruyter, Berlin 1971, p. 337.

Primer descubrimiento: las realidades abiertas o "ámbitos"

Realidad cerrada es la que está ahí sin tener relación alguna conmigo; por ejemplo, una tabla cuadrada que veo en el taller de un carpintero. En este momento no me ofrece posibilidad alguna para realizar la actividad que tengo entre manos. La veo, por tanto, como un mero "objeto", una realidad cerrada. Pero figurémonos que pinto en ella unos cuadraditos en blanco y negro. Esta sencilla operación convierte la tabla en *tablero*. He aquí la primera transfiguración. La tabla se ha convertido en realidad abierta porque ahora es capaz de ofrecernos posibilidades para jugar en ella al ajedrez o a las damas. Es una realidad que se abre a nosotros para permitirnos hacer juego, crear jugadas, tender a una meta, ejercitar la imaginación... Por ser una realidad abierta y abarcar cierto campo, vamos a llamarle *ámbito de realidad*, o sencillamente *ámbito*. Como tal, tiene un rango superior a la tabla vista como objeto.

Con la tabla puedo hacer lo que quiero: venderla, canjearla, manejarla a mi antojo, porque es sencillamente para mí una realidad delimitable, pesable, agarrable, situable en un lugar o en otro. Con el tablero en cuanto tal, es decir, en cuanto estoy jugando en él un determinado juego, no debo actuar arbitrariamente: he de respetar las normas que dicta el reglamento. Si convenimos en que la tabla como objeto pertenece al *nivel 1*, el tablero -como campo de juego- tiene una categoría superior; pertenece al *nivel 2*. Acabamos de *descubrir* dos tipos de realidades -objetos y ámbitos- y dos actitudes distintas respecto a ellas: la de simple manejo y la de colaboración respetuosa. Hemos vivido una *transfiguración* y un *ascenso de nivel*. Ello nos permite *liberarnos* del apego a las realidades dominables -que siempre se hallan fuera de nosotros- y cobrar afecto a las realidades abiertas, a las que podemos *unirnos de forma más estrecha*: la relación que puedo tener con un tablero de juego es más intensa que con la tabla, ya que jugar es crear relaciones entrañables de colaboración.

Un fajo de papel pautado que se halla en una papelería es un objeto. Si escribo en él una composición musical, transformo el fajo de papel en una partitura, y lo elevo del *nivel 1* al *nivel 2*. El fajo de papel es mío, lo poseo, puedo utilizarlo para cualquier fin: escribir en él, abanicarme, encender una estufa... Pertenece al *nivel 1*. Pero, si ese fajo de papel se convierte en partitura, y tomo ésta como guía para interpretar la obra que se expresa en ella, debo respetarla al máximo, colaborar con ella, serle fiel, ajustar mi acción a las normas que ella me da. Estamos en el *nivel 2*. Otra vez nos encontramos con dos realidades de distinto rango y dos actitudes distintas por nuestra parte; una transfiguración, una liberación y un modo más acendrado de relación con una realidad del entorno.

Realizar este múltiple descubrimiento (en el que resaltan dos formas de realidad, las dos actitudes correlativas, una transfiguración, una liberación, un incremento de la capacidad de unirnos al entorno) encierra la mayor importancia por cuanto nos permite descubrir una experiencia de doble dirección, sumamente fecunda.

Segundo descubrimiento: las experiencias reversibles

Demos un paso adelante en nuestro camino de transfiguraciones. Alguien me habla de un poema que figura en un libro. Es para mí algo que está ahí. Sé que es una obra literaria, pero no me preocupo de asumir las posibilidades que me ofrece y darle vida; la tomo como una realidad más de mi entorno, y queda situada en mi mente al lado de las mesas, las plumas, el ordenador, los libros... El poema lo considero en este momento casi como un objeto, una realidad que se halla en mi entorno pero no se relaciona conmigo activamente, ni yo con él. Está a mi lado, pero alejado, al modo de las realidades cerradas u objetos. Pero un día abro el libro y aprendo el poema de memoria, "de corazón" como dicen expresivamente los franceses e ingleses-, es decir, asumo las posibilidades estéticas que alberga y lo declamo creativamente, dándole el tipo de vida que el autor quiso otorgarle. En ese momento, el poema

actúa sobre mí, me nutre espiritualmente, y yo configuro el poema, le doy el ritmo debido, le otorgo vibración humana, lo doto de un cuerpo sonoro. Esa experiencia de declamación no es meramente “lineal”; no actúo yo solo en ella. Es una experiencia reversible, bidireccional, porque ambos nos influimos mutuamente: El poema influye sobre mí y yo sobre el poema.

Antes de entrar en relación con él, el poema era distinto de mí, distante, externo, extraño, ajeno. Al asumir sus posibilidades estéticas y declamarlo, se me vuelve *íntimo*, sin dejar de ser distinto, pues nada nos es más íntimo que aquello que nos impulsa a actuar y da sentido a nuestra actividad. De esta forma, el poema deja de estar *fuera de mí*, en un lugar *exterior a mí*. Él y yo formamos un mismo *campo de juego*. En eso consiste ser íntimos. La unión de intimidad sólo es posible en el *nivel 2*, el de la creatividad. Esta transformación de lo externo, extraño y ajeno en íntimo da lugar a una *forma eminente de unión*. Ningún tipo de unión con un objeto alcanza el carácter entrañable que adquirimos al formar un campo de juego con una realidad abierta, que nos ofrece posibilidades creativas.

Al asumir fielmente las posibilidades que me ofrece un poema, me atengo a él, le soy fiel, lo tomo como una norma que me guía, y justamente entonces me siento inmensamente libre, libre para crearlo de nuevo, darle vida, llevarlo a su máximo grado de expresividad. Fijémonos qué modo tan fecundo de transfiguración y liberación se opera aquí: libertad y norma son entendidas de modo tan profundo que dejan de oponerse entre sí para pasar a complementarse. En el *nivel 2*, la libertad que cuenta es la *libertad creativa*. La norma que nos interesa es la que procede de alguien que tiene, no tanto mando, cuanto *autoridad*, es decir, capacidad de promocionar nuestra vida en algún aspecto⁴. Un declamador literario, un intérprete musical, un actor de teatro... se sienten tanto más libres cuanto más fieles son a los textos y a las partituras. Cuando actuamos creativamente, es decir, cuando asumimos de forma activa las posibilidades que nos da una obra -literaria, musical, coreográfica, teatral...- convertimos el *dilema* “libertad-norma” en un *contraste* enriquecedor. La relación sumisa de la libertad con la norma se transforma en una relación de *liberación y enriquecimiento*: la norma, asumida como una fuente fecunda de posibilidades, me libera del apego a mi capricho, a mi afán de hacer lo que me apetezca. Amengua, con ello, mi *libertad de maniobra* pero incrementa mi *libertad interior* o *libertad creativa*, libertad para crecer como persona asumiendo normas enriquecedoras. No olvidemos este dato: *toda transfiguración va unida con una liberación*.

Tercer descubrimiento: el encuentro

Como vemos, las exigencias que plantean las realidades que tratamos se hacen mayores en cuanto las elevamos de rango. Pero, en la misma medida, enriquecen nuestra vida. Y la enriquecen porque podemos “encontrarnos” con ellas, es decir, entrelazar nuestros ámbitos de vida para enriquecernos. Un objeto lo puedo tocar, agarrar, manejar, comprar o vender, unirme a él tangencialmente. Lo que no puedo es encontrarme con él. Y del encuentro depende la riqueza de mi vida, según nos enseñan la Biología y la Antropología actuales más cualificadas⁵. El encuentro puede darse entre una persona y un poema, una canción, el lenguaje, una obra literaria..., en cuanto estas realidades nos ofrecen diversas posibilidades que nosotros podemos asumir. Estas formas de encuentro encierran un gran valor, como resalta en la declamación de un poema, la interpretación de una obra musical, la creación de vínculos a través del lenguaje, la participación en los ámbitos de vida que plasma una obra literaria... Pero el valor supremo lo ostenta el encuentro cuando es realizado por dos seres personales, pues las experiencias

⁴ Como sabemos, el vocablo “autoridad” procede del verbo latino “augere”, que significa promocionar, Enriquecer. De él proceden los términos “auctor” (autor) y “auctoritas” (autoridad).

⁵ Cf. Juan Rof Carballo: *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973; *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid ³1977; Manuel Cabada Castro: *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.

reversibles adquieren un grado especial de excelencia cuando se realizan entre realidades que gozan de un poder de iniciativa privilegiado en el universo.

Una persona por ser corpórea, puede ser agarrada, movida de un lugar a otro, incluso zarandeada. Pero el cuerpo, aunque lo parezca a primera vista no es un objeto; supera inmensamente la condición de objeto *-nivel 1-* porque es el medio expresivo de toda la persona *-nivel 2-*. Merece el mismo respeto que ésta. Se halla en el *nivel 2*. Esta forma de ver nuestra realidad humana opera una verdadera transfiguración en nuestra mente y en nuestra actitud. Nos liberamos de la sumisión al espacio y descubrimos que una realidad *distinta* de nosotros se convierte a menudo en *íntima*, sin dejar de ser distinta. De esta forma, realidades que están fuera de mí en el *nivel 1* se me tornan íntimas en el *nivel 2*. Eso queremos decir al indicar que los términos “dentro” y “fuera” dejan de oponerse para complementarse. Dos personas que se encuentran, en sentido riguroso, no están la una *fuera* de la otra. Ambas se hallan insertas en un mismo *campo de juego*, en el cual el *aquí* y el *allí*, el *dentro* y el *fuera* no indican separación entre una realidad y otra sino lugares distintos desde los cuales están colaborando a una misma tarea.

Por el contrario, si, al tratar a una persona, sólo tomo en consideración su cuerpo y la reduzco a medio para mis fines, la rebajo de rango, la envilezco, le hago injusticia, soy violento con ella. Cada tipo de realidad nos pide una actitud adecuada. La actitud que debemos adoptar respecto a las personas no es la dominadora y posesiva, sino la respetuosa, generosa, colaboradora, servicial que es, justamente, la actitud reclamada por las realidades abiertas para dar de sí todas sus posibilidades.

Si adoptamos esta actitud, nuestra capacidad de asumir activamente las posibilidades que se nos ofrezcan y de otorgar las propias es insospechada. Con otra persona podemos compartir realidades materiales -objetos o cosas, utensilios, alimentos, tierras, casas, dinero...-, pero también afectos, anhelos, proyectos de todo orden, ideas e ideales... Con ello, nuestra capacidad de iniciativa y ampliación del horizonte vital se incrementa sobremanera. Tal incremento da lugar a la posibilidad del *encuentro*, en sentido riguroso. Al elevarme al nivel en el que puede darse una relación de encuentro, doy un salto cualitativo en mi calidad de vida, porque promuevo notablemente mi actividad creativa. Ello supone un incremento sustancial de mi capacidad de relación con el entorno; una verdadera transformación de mis posibilidades de crear unidad con las realidades circundantes.

Si tengo la preparación adecuada, puedo encontrarme -en sentido riguroso- con una obra musical o literaria, al asumir activamente las posibilidades de realización estética que me ofrecen. Dichas obras ponen a mi disposición su potencial expresivo. Al asumirlo, me enriquezco en medida directamente proporcional a la riqueza del mismo. Este proceso enriquecedor lo consideramos justamente como valioso. Pero más valioso todavía debe parecernos la posibilidad de fundar con otra persona esa forma de unión que llamamos *encuentro*. Ese tipo de unión es tan elevado que supera de raíz la soledad.

Ciertos escritores -filósofos, como Ortega y Gasset, dramaturgos, como Jean Anouilh- subrayaron en distintas ocasiones que “la verdad del ser humano es su soledad”, de modo que el amor interpersonal constituye una falsa ilusión⁶. Ciertamente, si uno se mueve en el *nivel 1*, por impulsos y motivaciones egoístas, queda ocluido en sí mismo e imposibilita el amor, la comunicación personal, la colaboración y participación. Pero este aislamiento no se deriva necesariamente de la condición personal -y, por tanto individual- de cada uno de los seres humanos.

⁶ “Mi humana vida -escribe Ortega- (...) es, por esencia, soledad”. “Sólo en nuestra soledad somos nuestra verdad” (Cf. *El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid 1957, págs. 24, 73.

Si nos abrimos, generosamente, a las demás realidades con afán, no de dominarlas y ponerlas a nuestro servicio, sino de enriquecerlas, ofreciéndoles posibilidades de desarrollarse, estamos bien dispuestos para acoger activamente las posibilidades que tales realidades nos ofrezcan. Esa forma de acogimiento se define como *creatividad*. La creatividad lleva en su base la generosidad. En cambio, el egoísmo -el repliegue sobre sí- bloquea la capacidad creativa y anula la serie de transformaciones que tienen lugar durante el proceso de crecimiento. El egoísta no se realiza plenamente, bloquea su desarrollo personal. La transfiguración progresiva de nuestra realidad personal depende de nuestra actitud abierta y generosa.

No es extraño que la generosidad sea la primera condición del encuentro. Generosidad procede de *generare*, generar, engendrar. Es generoso el que genera nueva vida a través de todas las formas de encuentro. De la generosidad se derivan las demás condiciones del encuentro:

La apertura veraz y sincera al otro

La sinceridad suscita confianza; la doblez produce desconfianza, invita a replegarse sobre sí y no hacer confidencias. Esa falta de apertura bloquea el encuentro.

La cordialidad o ternura

El trato cordial lubrica las relaciones humanas. La actitud hosca las torna desapacibles y, a la postre, conflictivas.

La fidelidad

Ser fiel no se reduce a aguantar; supone crear en cada momento lo que uno, en un momento determinado, prometió crear: por ejemplo, un hogar, una comunidad religiosa...

La paciencia

Entendida no como mero aguante sino como ajuste a los ritmos naturales.

La comunicación

Comunicarnos con afecto es darnos, al tiempo que transmitimos algo.

La participación en tareas comunes valiosas

“Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar juntos en una misma dirección”. Esta bella frase de Saint Exupéry podría glosarse de este modo: “Amarse no es mirarse el uno al otro, por la complacencia que ello pueda suponer; es perseguir conjuntamente un ideal valioso”.

Cuarto descubrimiento: los valores y las virtudes

Estas condiciones del encuentro nos capacitan para encontrarnos y desarrollarnos como personas. En cuanto capacidades para crear diversas formas de encuentro, esas actitudes se denominan *valores*. Los valores asumidos por nosotros como formas de conducta reciben el nombre de *virtudes*. En la línea de la tradición latina, llamamos todavía hoy "virtuoso" de un instrumento musical al que lo toca con maestría.

Al llevar una vida *virtuosa*, creamos múltiples relaciones de auténtico encuentro y experimentamos los frutos de las mismas: adquirimos energía interior y sentimos alegría, entusiasmo, plenitud personal y, por tanto, felicidad. El encuentro eleva nuestro ánimo, nos otorga y nos da soberanía ante los vaivenes de la existencia. Ello se debe básicamente al hecho de que, al encontrarnos, realizamos nuestra vocación y nuestra misión en la vida. Al darnos cuenta de ello, vemos cumplidas nuestras mejores expectativas y experimentamos un sentimiento de plenitud interior. Esta plenitud se traduce en felicidad y se manifiesta en tres sentimientos entrañables: paz interior, amparo, gozo festivo o júbilo. Siempre que hay encuentro verdadero, hay fiesta; la vida entera adquiere carácter festivo: se transfigura el tiempo y el espacio, los gestos adquieren condición de ritos, las acciones en apariencia anodinas cobran un sentido especial.

Quinto descubrimiento: el ideal de la vida

Al advertir que el encuentro opera esta transfiguración en mi vida, descubro algo decisivo en mi existencia, a saber: que el valor más alto, el que ensambla todos los demás como una clave de bóveda es el encuentro, o, dicho más en general, el crear las formas más elevadas de unidad. Ese valor supremo es *el ideal de la vida*.

Este ideal no se reduce a una mera idea; es una idea motriz; mueve y orienta todo nuestro ser hacia la creación de modos cada vez más elevados de unidad. Estar orientados hacia la unidad significa que nos comprometemos a realizar en toda circunstancia *el bien, la justicia, la verdad, la belleza*. Para vivir en una forma de unidad activa, debemos ser buenos con los demás, justos, fieles a la verdad de cada uno, sensibles a la belleza de cada conducta y acción. No hay nada más bello en nuestra vida que el compromiso incondicional que late en estas afirmaciones: "*El bien hay que hacerlo; el mal hay que evitarlo*". "*Debemos ser justos en toda situación; la injusticia, por rentable que sea, hemos de rechazarla*"... Si actuamos en virtud de estos principios, garantizamos la alta calidad y la estabilidad del encuentro. Si éste constituía el punto culminante del *nivel 2*, asumir el ideal de la unidad como canon de vida debe considerarse como la actitud propia del *nivel 3*.

Pero ¿cómo es posible actuar de modo incondicionalmente bueno, justo, veraz y bello... con personas de conducta innoble y hostil? No parece haber en este mundo una razón suficiente para que nos comportemos con ellas de forma *incondicionalmente* buena, justa, veraz y bella... El fundamento para ello debemos buscarlo muy arriba: en el Creador que otorgó a cada criatura una dignidad inquebrantable. Devolver bien por mal sólo es posible cuando tomamos en serio el hecho de que todas las personas hemos sido creadas a su imagen y semejanza por un Ser absolutamente bueno, veraz y justo. Al reconocerlo, nos movemos en el *nivel 4*, que se adentra ya en la esfera de lo religioso.

Descubrimientos sexto a duodécimo

Al instalamos decididamente en el *nivel 3*, bien fundamentado en el *nivel 4*, recibimos una gran luz: se nos ilumina de golpe, como por un relámpago, que los diversos aspectos de nuestra vida alcanzan la perfección cuando descubrimos el auténtico ideal y optamos incondicionalmente por él. El ideal auténtico lo transfigura todo en nuestra vida:

La “libertad de maniobra” se transforma en “libertad creativa”.

La vida anodina se colma de sentido.

La vida pasiva se vuelve creativa.

La vida cerrada se torna relacional.

El lenguaje pasa de ser mero medio de comunicación a vehículo viviente del encuentro.

La caída en el vértigo cede el paso al ascenso extático.

La entrega al frenesí de la pasión se trueca en amor personal.

Nuestra vida entera se eleva cuando es orientada al ideal de la unidad. La mente, la voluntad, la capacidad creativa, el sentimiento..., todo adquiere en nosotros una nueva potencia y se abre a un horizonte de grandeza insospechada. Este proceso ascensional fue denominado de antiguo por los griegos *éxtasis*. Los doce descubrimientos múltiples que hemos reseñado anteriormente constituyen la articulación interna del proceso extático.

Esta inmensa riqueza que alberga el proceso extático de ascenso a lo mejor de nosotros mismos (con sus descubrimientos, sus transfiguraciones, sus ascensos de nivel, sus distintos modos de liberación interior y promoción de la actividad creativa...) se destruye implacablemente cuando nos entregamos al halago de un proceso de vértigo, con sus cinco fases de envilecimiento. Figurémonos que, por egoísmo, no cumplo las condiciones del encuentro, que son modalidades de la actitud de generosidad. Con ello me muevo exclusivamente en el *nivel 1*, el dominio, la posesión y el manejo egoísta de las realidades de nuestro entorno. Esta actitud puede hacerme caer en cinco niveles negativos, que son otras tantas fases de un progresivo envilecimiento. Estamos en un proceso de signo opuesto al de éxtasis o encuentro. Si, en éste, cada ascenso de nivel supone un mayor ennoblecimiento de la vida, en el proceso de vértigo la caída en niveles inferiores implica una degradación creciente.

II | LOS NIVELES DE REALIDAD Y DE CONDUCTA

Niveles positivos

El *nivel 1* es el propio de los objetos o de realidades superiores tratadas como si fueran objetos. Nuestra actitud respecto a ellos es de dominio, posesión, manejo y disfrute.

El *nivel 2* es el de los “ámbitos”, la creatividad y el encuentro. Debemos tratarlos con actitud de respeto, estima y colaboración.

En el *nivel 3* se da la opción incondicional por los grandes valores: unidad, verdad, bondad, belleza... Al crear relaciones de auténtico encuentro, experimento sus frutos: energía interior, luz, sentido, alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad... Entonces descubro que el valor supremo de mi vida, el que corona y da sentido a todos los demás viene dado por el encuentro, es decir, por la fundación generosa de un modo muy elevado de unidad. La unidad se me revela como una fuente de vida en plenitud, por tanto como un *ideal de vida*. Merced a la intervencionalidad de los grandes valores, al decir *unidad*, aludo también a *bondad, verdad, justicia, belleza*. Cuando opto por estos valores con tal decisión que mi vida es regida en todo momento por la convicción de que “*el bien hay que hacerlo siempre; el mal, nunca*”, “*es bello hacer el bien; resulta feo practicar el mal*”..., tengo una garantía sólida de que mi vida de encuentro será auténtica y duradera. He aquí cómo el nivel del encuentro –*nivel 2*– está fundamentado en un nivel superior de conducta, el *nivel 3*, donde acontece la opción incondicional por los grandes valores. De lo antedicho se infiere que la pérdida del auténtico ideal de la vida provoca una grave alteración en la vida personal del ser humano, altera su metabolismo espiritual. Podríamos decir que su espíritu enferma.

En el *nivel 4* encontramos la energía necesaria para vivir de modo *incondicional* los valores por los que optamos en el *nivel 3*. ¿Cómo es posible que alguien sea incondicionalmente bueno con quien le devuelve mal por bien, y sea justo con quien quebranta sus derechos? En este punto necesitamos abrir una ventana en nuestra investigación y acudir a la existencia de un Ser Supremo que nos haya creado a todos a su imagen y semejanza, y nos haya dotado así de una dignidad tan alta que no podamos perderla -aunque nuestra conducta sea indigna- y exija un trato de respeto “absoluto”, es decir, “absuelto” o liberado de toda condición. Al vernos gozosamente vinculados, en la raíz misma de nuestra realidad personal, a quien es la bondad, la justicia, la verdad y la belleza por excelencia, situamos nuestra vida en el *nivel 4*.

En un ser corpóreo-espiritual, como es el hombre, los niveles 2 y 3 necesitan el apoyo del *nivel 1*, entendido aquí como el plano en que solucionamos nuestras necesidades materiales. Y, viceversa, la vida en el *nivel 1* adquiere un sentido personal en las experiencias propias del *nivel 2*, que, para ser auténticas, remiten al *nivel 3*, que, a su vez, requiere la fundamentación última del *nivel 4*. Esta implicación mutua y jerarquizada de los cuatro niveles es indispensable para verlos en toda su riqueza y con su poder configurador de nuestra personalidad.

Niveles negativos

Nivel -1

Si, debido a una actitud egoísta, se debilita nuestra relación con el ideal de la unidad, carecemos de energía interna para ascender a los *niveles 2, 3 y 4* y nos movemos exclusivamente en el *nivel 1*. En consecuencia, damos primacía a nuestro bienestar, consideramos a los demás como un medio para nuestros fines, intentamos poseer y dominar cuanto nos rodea para incrementar nuestras gratificaciones de todo orden. Al no estar compensada esta tendencia al propio bienestar (*nivel 1*) con la voluntad de hacer felices a los demás (*nivel 2*), corremos riesgo de tornarnos egocéntricos e insensibles, poco o nada preocupados de ser bondadosos, justos y veraces con ellos, así como de unirnos a ellos y procurarles una vida bella (*nivel 3*). Al unirse esta insensibilidad con la propensión a supeditar el bien de los demás a nuestros intereses, no tenemos mayor dificultad en hacérselo ver abiertamente, con lo cual herimos su sensibilidad y quebrantamos su autoestima. Iniciamos, con ello, el proceso de vértigo y bajamos al *nivel -1*.

Dos jóvenes se unieron en matrimonio, y todo hacía presagiar un buen futuro. Tal presagio pareció cumplirse durante varios años. Pero un día, tras una larga y azarosa estancia en el hospital, a la joven esposa se le diagnosticó una enfermedad crónica, que no es mortal pero amengua la vitalidad notablemente. Cuando regresó a casa, las primeras palabras que oyó a su marido fueron éstas: “Lo siento, pero ahora ya no me sirves como mujer. Tengo que irme”. Y la dejó sola, con su hija. Esta frase dio un vuelco a su vida, porque le reveló de un golpe que su marido la había reducido a un medio para saciar sus apetencias (*nivel 1*), y, al perder calidad ese medio, resultaba para él “inservible”, incapaz de satisfacer sus apetencias. Tal vez le había dicho mil veces que la “amaba” con toda el alma. A juzgar por su actitud actual nunca la amó de verdad (*nivel 2*). La apeteció (*nivel 1*) cuando ella tenía sus potencias en estado de florecimiento. Ahora la ve inútil como un utensilio estropeado, y se apresura a canjearlo por otro nuevo. Las operaciones de canje son típicas del trato con meros objetos. Realizarlas con personas, por considerarlas deterioradas, supone un rebajamiento de éstas al *nivel 1*. Es, por eso, un acto de violencia. Manifestarlo abiertamente a la persona interesada supone un ultraje e implica un descenso al *nivel -1*.

Nivel -2

Si alguien considera a otra persona sólo como un medio para sus fines -por tanto, como una posesión-, y no ve satisfechas sus pretensiones, puede llegar a desahogar su frustración con insultos e incluso con malos tratos, psíquicos y físicos. Se trata de una ofensa de mayor gravedad que la anterior y supone la caída en el *nivel -2*.

Actualmente, la sociedad se halla confusa e indignada ante el fenómeno de los malos tratos entre cónyuges. Se reclaman, para evitarlo, toda clase de medidas policiales y judiciales. Pero apenas hay quien se cuide de investigar las fuentes de esta calamidad social. El análisis de los niveles de realidad y de conducta nos permite radiografiar este fenómeno degenerativo y poner al descubierto algunas de las causas que lo provocan.

Nivel -3

Una vez entregados al poder seductor del vértigo del dominio, podemos vernos tentados a realizar el acto supremo de posesión que es matar a una persona para decidir de un golpe todo su futuro. Al hacerlo, nos precipitamos hacia el *nivel -3*. No pocas personas manifiestan su estupor ante el hecho de que alguien mate a quien comparte con él la vida. Visto aisladamente, es un hecho que parece inverosímil. Si lo situamos en su verdadero contexto (que es el *nivel -3*) y lo vemos como continuación del *nivel -2*, con cuanto implica, advertimos que estamos ante una caída por el tobogán del vértigo. Todo ello es injustificable, pero resulta perfectamente comprensible cuando conocemos las fases de la vía de envilecimiento que es el proceso de vértigo.

Nivel -4

En esta caída hacia el envilecimiento personal, cabe la posibilidad de llevar el afán dominador al extremo de ultrajar la memoria de los seres a quienes se ha quitado la vida. No pocos terroristas han mancillado las lápidas que guardan los restos de sus víctimas. Esa vileza los hunde en el abismo del *nivel -4*. La burla y la mofa son manifestaciones prepotentes de dominio, propias de quien disfruta altaneramente al presenciar el espectáculo del ídolo caído. En el fondo, las actitudes propias de los niveles negativos son formas cada vez más agresivas de actitud dominadora. Están inspiradas por el ideal egoísta de dominar, poseer y disfrutar, así como las actitudes características de los niveles positivos responden al ideal generoso de la unidad y el servicio.

Nivel -5

El que se enfrenta al Creador con alguna expresión blasfema, que implica una forma de ruptura agresiva se sitúa en la cima del *nivel -5*.

III | LA CONDICIÓN RELACIONAL DE LOS SERES Y LA INTERRELACIÓN DE LOS NIVELES

Los distintos seres del universo se constituyen de forma relacional⁷. La planta tiene que abrirse a la luz y absorber agua. El hombre necesita relacionarse con cuanto le rodea para asumir toda suerte de posibilidades y ser creativo. Esa relación ha de tener como principio inspirador la bondad, la verdad, la justicia, la unidad, la belleza, que hallan en el Creador su última fuente.

Al integrar, de esta forma, la tendencia al encuentro propia del *nivel 2* con la opción incondicional por la bondad, la verdad, la justicia, la unidad y la belleza (*nivel 3*), vistas como principio de vida enraizados en el Creador (*nivel 4*), nuestra vida personal adquiere un desarrollo ilimitado. En cambio, si las diversas formas de encuentro son vividas como meras fuentes de gratificaciones para nosotros, carecen de impulso y corren riesgo de reducirse a puro intercambio de intereses, propio del *nivel 1*. De este nivel es fácil deslizarse hacia los niveles inferiores, como hemos visto.

Por eso es sumamente peligroso exaltar la *vida* y oponerla al *espíritu*. Al hablar de *vida*, no se alude sólo a la vertiente biológica de nuestra persona, sino a la tendencia a entregarse espontáneamente a las pulsiones instintivas y dejar de lado los criterios y normas que emanan del espíritu. Esa entrega supone que se da preferencia a la vida regida por “instintos seguros” y alejada de la responsabilidad y los riesgos que implica la actividad creativa, propia del espíritu. Esta deserción de la vida espiritual empobrece la vida humana y no permite resolver ninguno de los problemas planteados por la capacidad de pensar, sentir, querer, planificar... Si no cambiamos nuestro afán posesivo y dominador por una actitud de respeto y servicio, los problemas no harán sino acrecentarse a medida que se vaya amenguando nuestra capacidad de orientar todas nuestras energías a la realización del ideal de la unidad. Si damos autonomía a los instintos respecto al espíritu, acabamos poniendo la inteligencia al servicio de esos instintos, que de por sí son insaciables y pueden llevarnos a toda suerte de extremismos.

Por eso, ascender a los *niveles 3 y 4* no es un lujo de espíritus selectos: constituye una garantía de autenticidad para cuanto acontece en el *nivel 2*. Moverse en el *nivel 3* es propio del ser humano visto como “ser de encuentro”, pues el encuentro perfecto pide adhesión incondicional a la bondad, la justicia, la veracidad, la belleza, la unidad. Con profunda razón solía advertir Romano Guardini que el espíritu humano enferma cuando no asume estos grandes valores⁸.

*“(...) La vida de espíritu se realiza en su relación con la verdad, con el bien y con lo sagrado. El espíritu está vivo y goza de salud por medio del conocimiento, la justicia, el amor y la adoración (...). ¿Qué ocurre cuando aquella relación es perturbada? El espíritu enferma (...). Esto sucede con toda seguridad desde el momento en que la verdad en cuanto tal pierde su importancia, el éxito sustituye a lo justo y lo bueno, lo sagrado ya no se siente y ni siquiera se echa de menos. Lo que entonces ocurre no pertenece ya a la psicología sino a la filosofía del espíritu, y lo que puede resultar eficaz en tales casos no son medidas terapéuticas, sino tan sólo una inversión del pensamiento, una conversión, es decir, la metanoia.”*⁹

⁷ “La materia —escribe el físico atómico canadiense Henri Prat— no es más que energía ‘dotada de forma’, informada; es energía que adquirió una estructura” (Cf. *L’espace multidimensionnel*, Les Presses de L’Université de Montreal, Montreal 1971, p. 15).

⁸ Cf. *El poder*, Cristiandad, Madrid 1982, p. 77. (Versión original: *Die Macht*, Werkbund, Würzburg 1957)

⁹ *Ibid*

Sabemos que el “elemento” propio del pez es el agua. En él vive plenamente y a gusto. El elemento peculiar del mono es el bosque. ¿Cuál es el elemento específico de la persona humana, el espacio en el que puede desarrollar sus mejores potencias, cumplir sus anhelos más elevados? El *nivel 3* -visto en su vinculación al 4 y al 2- es el lugar donde su espíritu puede desplegarse plenamente, mostrar toda su fecundidad creadora, hallarse en su hogar propio.

Millones de jóvenes se preguntan actualmente si existe alguna garantía de que el amor que sienten al casarse perdure durante los años de la vida matrimonial. La única garantía es vivir el amor en su “elemento”, que es el encuentro bien entendido. El encuentro sólo es auténtico cuando se halla vinculado a la opción incondicional por los grandes valores.

CONCLUSIÓN

De lo antedicho se desprende que somos seres dinámicos que tendemos a realizar en la vida un ideal. Si se trata del ideal verdadero -el de la unidad-, seguimos un proceso ascendente -“extático”- que nos lleva a la cota más alta de nuestra realización personal. Nos produce *admiración* y *asombro* ver a qué alturas de la vida personal podemos llegar.

Si el ideal es falso -el ideal egoísta que busca el propio interés y lleva al “vértigo”-, nos hundimos en el pozo del envilecimiento. Nos produce *estupor* descubrir lo bajo que podemos llegar a caer.

La *Pedagogía de la admiración*, bien asentada en un estudio profundo de los niveles de realidad y de conducta, nos da torrentes de luz para comprender lo peligroso que es acomodarse a las condiciones del *nivel 1* y renunciar a los horizontes que nos ofrecen los niveles superiores. Si damos por supuesto que las realidades de nuestro entorno son meros objetos dominables y posibles, seremos incapaces de descubrir las inmensas posibilidades de vida personal que nos ofrecen los *niveles 2, 3 y 4*. Es una clave de la vida personal que desde un nivel inferior no se puede conocer lo que ocurre en los niveles superiores.

Esto nos permite extraer una conclusión de largo alcance: ***Antes de iniciar los estudios de ética, estética, metafísica y religión, debemos ayudar a los alumnos a cambiar la actitud propia del nivel 1 por la del nivel 2.*** Si tienden a considerar las realidades del entorno como objetos para disponer de ellas en provecho propio, no podrán acceder a las realidades que estudian dichas áreas de conocimiento precisamente porque superan la condición de meros objetos. Descuidar esa preparación espiritual supone correr un riesgo cierto de perder el tiempo consagrado a esa tarea.

La *Pedagogía de la admiración* nos enseña a solucionar los problemas por vía de elevación, no de descenso. Al suscitar asombro en nuestro ánimo al revelarnos la grandeza que otorga a nuestra vida el ideal de la unidad, esta orientación formativa nos guía e impulsa sin coaccionarnos, perfecciona nuestra libertad, dota a nuestra inteligencia de las tres dimensiones que la llevan a madurez -largo alcance, comprensión, profundidad-, ensancha nuestros espacios interiores, nos convierte en personas íntegras, felices, conscientes de estar realizando plenamente su vocación.

¿Han experimentado alguna vez la emoción que produce el final de la *Novena Sinfonía* de Beethoven? El entusiasmo desbordante que suscita es expresión feliz de la solidaridad de los hombres entre sí y con el Creador, el Padre amoroso que vive por encima de la bóveda celeste. Esa cumbre de la expresión artística es un reflejo fiel de la grandeza a que nos puede llevar, si la vivimos a fondo, la *Pedagogía de la admiración*¹⁰. ■

¹⁰ En esta línea pedagógica fueron concebidas estas obras recientes: *Descubrir la grandeza de la vida*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 2007; *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid 2006. Lo tratado en estas obras y en esta conferencia es ampliado y profundizado en la obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 2003.